

ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA

La ley del hambre



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Ilustración de cubierta y guardas: © Mike Truhachev / Eva Mutter

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Ana Ballabriga y David Zaplana, 2023

Representados por la Agencia Literaria Dos Passos

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-60-1

Depósito legal: M. 1822-2023

Printed in Spain

*Los hechos y personajes de este libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

A todos los vecinos de Candasnos.

A los que estuvieron.

A los que están.

A los que estarán

Detrás de toda gran fortuna,
se esconde un gran crimen.

HONORÉ DE BALZAC

Si el hambre es ley, el saqueo es la justicia.

PIOTR TROTSKY

Valen más 10 hombres armados de justicia
que 1.000 soldados a sueldo de un rey.

WILLIAM WALLACE

Año 1974

Renata extendió la fina lámina de plomo sobre el altar de mármol. Los pesados cortinajes de las ventanas apenas dejaban pasar la luz del mediodía; el ritual funcionaba mejor envuelto en sombras.

Tenía que reparar el error cometido.

El viernes advirtió a la Pilar que ella y solo ella debía hacer la faena, pero la Pilar era demasiado vieja y pidió ayuda a Calixta.

Resignada, continuó con el rito; ya no podía hacer otra cosa.

Con el clavo de acero escribió sobre el plomo, maleable y resistente, el texto memorizado al final de su infancia.

Mercurio, guardián de las fronteras, jefe de los sueños, príncipe de los ladrones, espía nocturno, escucha mis plegarias y castiga a Calixta Lapena Pena. Arrebátale la salud, el cuerpo, el color, las fuerzas y las energías, conduce su alma a Plutón, para que la ate y consuma. Llévale la fiebre terciana, cuartiana, cotidiana, para que infecten su sangre;

envíale las diez plagas del averno; manda a los lobos para que le saquen las entrañas; pide al perro de tres cabezas que despedace su cuerpo y devore el corazón. Haz que se le caigan los ojos, dientes, uñas, cabellos y pezones; haz, Mercurio, que se le pudran las manos, dedos, brazos, cabeza, pies, vientre, ombligo, pecho, cuello, boca, labios, barbilla, ojos, frente, cejas, espalda, hombros, nervios, huesos, vientre, genitales y piernas. Yo te pido, Mercurio, que la echés a perder, que la arruines, que esparzas sus huesos y entregues su alma a Plutón.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Renata realizara el conjuro. César era un chico listo y sacó adelante a la familia sin necesidad de tablillas. Estaba orgullosa de su hijo pequeño, el mejor de todos. Los demás eran blandos y maleables como el plomo que tenía entre las manos.

Enrolló con cuidado la lámina de plomo, ahora escrita, cortó un trozo de la tela del delantal de Calixta y lo introdujo dentro del rulo.

Calixta tenía fama de discreta, por eso la contrató. Poseía una belleza impactante, pero su humildad le impedía utilizar argucias de ramera para manejar a los hombres de la casa. Renata había elegido bien: Calixta consiguió mantener a raya incluso al puerco de su marido.

Y Renata lo sabía por experiencia. Con quince años no dudó en meterse por primera vez en la cama del amo Crispo y logró ocupar el lugar de la señora Florentina. Atrás quedó la miseria y el hambre, el dolor por un padre suicida, una madre melancólica y un hermano muerto

por el frío del invierno. Sí, su hermano de tres meses murió congelado. Entre sus ropas escondió Renata la primera tablilla a Mercurio. En ella maldecía a su familia paterna, esa que abandonó a su suerte a una viuda enferma con dos hijos. La escribió con letra irregular, pero funcionó. El apellido Garza, el de su padre, desgracia a desgracia, desapareció de Candasnos.

—¡César! —gritó Renata desde la puerta.

Esther apareció, respondiendo a su llamada:

—Madre, César no está. —Esther era menuda como ella, pero de rostro más dulce—. Ha ido a ver al médico para que diga por el pueblo que padre ha muerto de un ataque al corazón.

Renata se fijó en su cara.

—¿Has llorado? —preguntó con enfado.

—Sí, madre.

—¿Acaso llora un perro por el amo que lo apalea?

—No, madre.

—Eso me parecía.

—¿Sabremos pronto si funciona? —preguntó la joven con preocupación.

—¡Claro que funcionará, *petoste!* Quizá sea rápido o quizá no, pero la maldición funcionará.

—Calixta me gusta.

—No podemos fiarnos. Toma, coloca tú la tablilla enrollada entre las ropas de tu santo padre, que Dios lo tenga en su gloria y no lo resucite el día del juicio final. —Esther se santiguó mientras su madre cabeceaba—. Por fin ese cabrón servirá para algo más que para joder la vida a todos los que le rodeábamos.

Año 2018

Siempre estuvo más cerca de los muertos que de los vivos. Por eso aparcó el coche patrulla frente a la puerta del cementerio al atardecer. Prefería pasear entre las tumbas, bromear sobre la eficaz dieta de sus moradores, jugar al póker con los fantasmas o apostar el alma con el mismísimo diablo. Pero aquel día llovía demasiado, el invierno llegaba a su fin sobre el calendario, aunque el invierno en aquel pueblo podía engullir a la primavera y durar hasta el verano. Los faros del coche iluminaban la tromba de agua que corría una tupida cortina hasta los barrotes de entrada al camposanto. A menudo soñaba con trasladarse a vivir o morir allí. La gente tenía miedo de la muerte; para él, suponía un descanso.

Escuchó el estruendo de las postas de lluvia sobre la chapa del coche. Hacía años que era una especie de zombi, un ser hueco incapaz de sentir. Mientras su cuerpo envejecía, su mente y su espíritu se marchitaban dejando una cáscara vacía, una manzana podrida de reluciente envoltorio.

La muerte lo marcó nada más nacer, cuando sacaron a su melliza sin vida y a él rebosante de vitalidad. Su madre, rota por la pérdida de la hija anhelada, eligió un nombre inspirado por el rencor. Caín. El nombre de un traidor, el nombre del asesino de su propia sangre.

La emisora crepitó antes de escupir la voz del guardia del Centro Operativo de Servicios:

—512P de COS.

Caín apretó el botón del micrófono para responder:

—Adelante COS para 512P.

—Acaban de dar aviso de un suceso extraño en la Balsa Buena de Candanos.

—¿Un suceso extraño? ¿Puedes ser más preciso?

—Un hombre ha llamado al 062. Dice que ha visto algo raro. No tengo más información.

—QSL —confirmó la recepción y cortó la comunicación.

Arrancó el todoterreno y derrapó sobre el barro del camino asfaltado. Los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad bajo la cascada de lluvia. A la entrada del pueblo, giró a la derecha y paró en la calle Ontiñena. Había dos coches aparcados, apuntando los faros hacia la balsa. Los paraguas refugiaban a un grupo de vecinos junto a las fachadas de las casas. Observaban la situación con curiosidad e inquietud. Caín se puso el traje de agua, chaqueta y pantalón impermeables, y bajó del coche.

—¿Qué sucede? —preguntó a los curiosos.

—Dicen que hay un monstruo en la balsa.

—¿Un monstruo? —se sintió estúpido al repetir aquella palabra. Un escalofrío le recorrió la espalda. Quizá

fuera por el tiempo, la lluvia caía helada. Un día de perros. O de monstruos, quién sabe.

Observó la silueta de la Balsa Buena, en los confines del pueblo, desdibujada tras la celosía de agua. Era de origen romano, construida en piedra y de forma circular. Durante muchos siglos fue el único abastecimiento para consumo humano en Candasnos, hasta la llegada del agua corriente. De unos tres metros de profundidad, los sillares de piedra formaban un círculo perfecto con cinco zonas de acceso para que, en tiempos, las mujeres sacaran agua con los cántaros. Un montículo circular rodeaba la balsa, formado por el lodo seco que sacaban del fondo en las limpiezas periódicas. A ese montículo lo llamaban los *turrumperos*, y protegía la balsa del polvo y la basura que arrastraba el cierzo. El maldito cierzo.

Caín encendió la linterna y se acercó a la entrada principal de la balsa, un corte amplio en el círculo de *turrumperos* que permitía el acceso a la construcción romana. Cuatro hombres discutían a gritos bajo la lluvia, sin paraguas ni chubasquero. Dos de ellos llevaban un rifle de caza mayor.

—¿Es que la quieres diñar o qué coño te pasa? —Uno de los hombres reprendía a otro.

—¡Que os dejéis de hostias! —gritó Melquíades, un cazador del pueblo. Caín lo conocía del bar—. ¡Qué monstruo ni qué cojones! Eso es un puñetero bidón.

Algo chapoteó en el agua de la balsa y dirigieron hacia allí las linternas. Caín observó la superficie con inquietud, pero la lluvia tejía un tapiz tan compacto que le impedía ver con claridad.

Melquíades se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa. Era un tipo grande y fuerte, casi dos metros de grasa y músculo, brazos de acero forjados en el duro trabajo del campo y barriga prominente gracias a los banquetes de caza. Bajo su barba espesa colgaba de un cordón un colmillo de jabalí. Tiró la camisa y llegó a las escaleras de piedra que descendían al interior de la balsa. Escucharon otro chapoteo en el agua con la fuerza suficiente para destacar sobre el estruendo de la lluvia.

Caín lo sujetó por el brazo.

—Espera.

—¿Me lo vas a impedir? —gruñó Melquíades con los ojos inyectados en sangre. El aliento saciado de alcohol explicaba su inmunidad al frío.

—¿Tanta prisa tienes por morir? —Caín reflexionó sobre el funcionamiento de la mente humana. Hacía diez minutos pensaba en la muerte como una idea atractiva y no le importaba entrar en el cementerio dentro de una caja de pino. Ahora, la idea de un monstruo en la balsa le hacía estremecerse y le provocaba una sensación similar al miedo. «¿Miedo a qué?» Cuando ya no temes a la muerte ¿a qué tienes miedo?

—¡Aquí no va a morir ni Dios! —gruñó Melquíades—. El agua ha arrastrado un bidón y la gente está *acojoná*. Voy a sacarlo para que todos estos paletos se vayan a dormir a casa.

Sonó otro chapoteo más fuerte, seguido de un espeluznante gruñido. Todos clavaron sus ojos en la balsa y, a través de la cortina de lluvia, intuyeron que algo grande

y oscuro emergía del agua. Otro gruñido. Melquíades dio un paso atrás.

—Cago en mis muertos, eso no es un bidón.

El chapoteo era cada vez más intenso, acompañado de gruñidos estridentes. Los otros hombres salieron del recinto que formaban los turrumperos. Caín empujó a Melquíades a un lado y empuñó la pistola. La sombra desdibujada por la lluvia se movía hacia la rampa de acceso a la balsa para tractores. Caín sostuvo el arma con fuerza: a sus treinta y siete años, aún tenía buen pulso. Algo corrió por la rampa hasta chocar brutalmente con el muro de turrumperos. Caín percibió el temblor del suelo bajo sus pies. Tragó saliva. Fuese lo que fuese aquella cosa, era demasiado grande para ser un animal de los que habitaban aquellas tierras. Candasnos estaba muy alejado de los Pirineos, allí no había osos y además no gruñían así. Aquel ser dio varias vueltas sobre sí mismo y corrió hacia ellos bordeando la balsa. Caín carraspeó y apuntó con calma. Quizás había llegado el momento que tanto deseaba. Los gruñidos ganaron intensidad y le atravesaron los oídos, acompañados del repiqueteo de los cascos sobre el barro. Apretó el gatillo. La mole no se detuvo, corría hacia él con una fuerza implacable. Volvió a disparar, volvió a disparar una y otra vez. Un gruñido explotó frente a él, a pocos metros de distancia. Caín voló por el aire y cayó aplastado por más de cien kilos de carne. El monstruo pasó a su lado gruñendo y arrancando redobles al suelo encharcado.

Intentó moverse. Casi no podía respirar. Melquíades se quitó de encima. Le había salvado la vida.

—¿Qué cojones era eso? —preguntó el cazador—. Nunca he visto nada igual.

—Un monstruo —sentenció Caín y, por primera vez, le pareció adecuada aquella palabra.

Melquíades cogió el rifle de caza.

—¿Dónde está? —gruñó.

—Se ha ido hacia el monte Alto —aclaró uno de los hombres. Caín tenía las botas y la cara empapadas. El traje de agua le mantenía el cuerpo seco, pero estaba helado. Observó a Melquíades, medio despelotado e inmune al frío.

—Voy a reventar a ese hijoputa.

Caín lo sujetó con fuerza.

—Está claro que el cerebro es inversamente proporcional a la masa muscular.

—¡Que me sueltes, coño!

Caín no lo hizo. El bíceps de aquel tipo era una bola de hierro.

—¿Por qué no le preguntamos a tu madre si te deja salir esta noche? —se la jugó.

—¿Qué es eso? —gritó otro de los cazadores apuntando al agua con el rifle.

Caín iluminó con la linterna. En la balsa flotaba algo cerca de la orilla. La lluvia no permitía verlo con claridad. «Maldita lluvia», pensó. Aunque era casi peor cuando no llovía. O la niebla lo cubría todo o soplaba el cierzo hasta enloquecer.

¿A qué clase de pueblo había solicitado el traslado?

—Traedme un palo.

Uno de los hombres arrancó la rama de un árbol. Sin soltar la pistola, Caín bajó las escaleras hasta el borde del

agua y acercó el objeto a la orilla. Era alargado, como una rama gruesa o un tronco fino. Al girarlo, quedó a la vista la forma de una mano. Caín sintió una arcada. La tensión acumulada le explotó en el estómago al observar el hueso amarillento y astillado que sobresalía entre jirones de carne negra.

—¿Qué es? —preguntó Melquíades.

Caín lo subió a uno de los escalones.

—Un cadáver.

—¿Un cadáver? —Melquíades lo miró con incredulidad—. Yo solo veo un brazo.

Un brazo arrancado de cuajo, separado violentamente del tronco, amputado, cercenado, mutilado.

—Pues eso, un cadáver al que le han amputado el cuerpo.

—¡Esa bestia ha matado a alguien! —gritó Melquíades hacia los otros cazadores—. ¡Mañana saldremos a buscarla!

—Aunque pare de llover, los campos estarán inundados —respondió otro—. Tendremos que esperar unos días para hacer una batida.

—¡Atrás! —ordenó Caín—. Tengo que precintar la zona. La balsa es ahora el escenario de un crimen.

En el coche, pidió ayuda por la emisora. No era conveniente salir a patrullar solo, pero no le apetecía sopor-tar las penas de ningún compañero, ya tenía suficiente con las suyas. Solicitó el traslado a Candasnos porque creía que era un pueblo tranquilo. Se equivocó. Llevaba allí un mes y ya había tenido un conflicto con el sargento. El segundo día de trabajo, Caín y un compañero pa-

raron un camión para una inspección rutinaria. Cuando le pidieron examinar la carga, el conductor echó a correr. Lo detuvieron y, entre un cargamento de fruta, encontraron cincuenta kilos de cocaína. Su compañero le dijo que tenían que avisar al sargento antes que a nadie. Caín no entendía por qué, pero le dejó actuar. El sargento llegó enseguida e interrogó al chófer en solitario. Después, echó la mitad del cargamento al maletero de su coche y les dijo que avisaran a la UCO, la unidad central de la policía judicial, encargados de investigar los delitos más graves o de crimen organizado.

A la mañana siguiente, el sargento lo llamó al despacho. Le habló de lealtad, del compañerismo y la autoridad. Le entregó un sobre con dos mil euros y le preguntó si podía confiar en él. A Caín se le revolvieron las tripas. Asintió y cogió el sobre. Cuando salió del despacho, varios guardias le advirtieron que llevara cuidado con el sargento, que era mejor que entrara en el juego y mantuviera la boca cerrada. El tipo llevaba años de comandante de puesto y había hecho de Candasnos su pequeño olimpo. Caín guardó el sobre y por la noche habló con su mujer. Ella no dijo nada, no hacía falta. Igual que él, no soportaba la corrupción dentro del cuerpo. No soportaba a aquellos que, en lugar de defender la ley y el orden, les daban por culo sin miramientos. Caín lo denunció y entregó el sobre como prueba. No metió a los otros guardias en el asunto. Suspendieron al sargento, que le enseñó los dientes y le juró que se mearía sobre sus huesos tirados en alguna cuneta. Caín ignoró la amenaza. Y como él era el guardia de mayor rango, cabo pri-

mero, ejercía de comandante de puesto hasta que resolvieran el caso del sargento y asignaran la plaza a otro.

Cuando terminó de poner la cinta de balizamiento con la ayuda de los cazadores, llegó otro coche de la Guardia Civil. Bajaron dos compañeros. Caín les explicó lo sucedido, evitando la palabra monstruo, y les pidió que dispersaran a los curiosos.

Llamó por teléfono al capitán para informar de lo ocurrido.

Después a la policía judicial.

Por último, a través de la radio, pidió una unidad de los GEAS.

Año 1974

Calixta era una joven cumplidora, acostumbrada al trabajo duro, que ayudaba a todo el que lo necesitaba. Si no hubiera sido tan solícita, esa mañana no habría ido a la casa del amo Crispo y no habría presenciado lo sucedido en aquella suerte de capilla.

Con el estómago encogido, regresó a su casa rezando para que la señora Renata no hubiera reparado en su presencia.

Ver, oír y callar, le decía la Pilar, la criada vieja. Y eso era lo que pretendía hacer, si la dejaban.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó su madre, molesta. Calixta jadeaba, no podía responder—. La señora Renata no debería hacerte trabajar un día como hoy. Nada menos que varear un colchón en invierno, ni que haya muerto alguien. Y tú, ¿no sabes decir que no? En fin, el que manda, manda, aunque mande mal. Venga, venga, no pierdas más tiempo. Por cierto, la Paloma ha tenido una niña, la van a llamar Eustoquia como su abuela, que en paz descanse. Un buen presagio para este día; un nacimiento y una boda.

«Y una muerte», pensó Calixta con tristeza, pero su madre no lo sabía.

Colgado del armario estaba el vestido blanco con remate de plumas de caribú que compraron en la tienda La Novia de Lérida. Calixta se aseó y su madre la ayudó a vestirse. La peluquera le hizo un recogido y sujetó la diadema sin velo. En la planta baja, su padre y su hermano atendían a las visitas. Con el ramo de rosas y claveles blancos en la mano, Calixta bajó las estrechas escaleras de granito. El silencio tomó la casa durante unos segundos.

—Estás preciosa —susurró con admiración su padre. Estrenaba traje, confeccionado por el sastre del pueblo. Era la primera vez que le decía algo bonito. Era un hombre parco en palabras.

De su brazo y seguida por su familia caminó hasta la plaza, donde esperaban las mujeres del pueblo. Calixta entró en la iglesia y la rondalla de Peñalba arrancó los primeros acordes a las bandurrias.

Alberto la esperaba en el altar. A su lado, Paco le contaba algo que parecía crispar los ánimos del novio. Paco se volvió hacia ella, dedicándole una mirada triste, y de inmediato salió por el lateral. ¿De qué estarían hablando? Paco y Alberto no eran amigos.

Calixta recorrió la nave central. Por un instante, dejó de ser la criada para convertirse en reina. Guapo y elegante, Alberto la esperaba junto a su madre. Tras el viaje de novios, irían a vivir a su casa.

Alberto y Calixta comenzaron a cortejar sin que ella se percatara, en unas fiestas de agosto. Bailaron juntos más de la cuenta y todos dieron por supuesto que eran novios.

Si hubiera podido elegir, otro muchacho hubiera ocupado su lugar, quizá Paco, siempre amable, más atento y encantador. A Calixta no le faltaban pretendientes: Era alta y recia, con una buena mata de pelo negro, profundos ojos violetas y carácter afable. Un baile de más trazó su futuro.

Una tarde de domingo, salió con Alberto a tomar un refresco en La Hermandad, el bar del pueblo. A la vuelta, dieron un rodeo y él la empujó al interior de un almacén.

—¿Qué haces? —Calixta se asustó.

Alberto la besó y la manoseó por encima del vestido. Sus ojos palidecían tras una niebla gris que le ensombrecía el rostro.

—Los hombres necesitamos cosas.

Su madre la previno acerca de los impulsos masculinos y de la obligación de una mujer decente de frenarlos. Calixta ya lo hacía cuando bailaban, estirando el brazo que apoyaba en su hombro. Pero esto era peor.

—Hay que esperar a casarnos.

—A lo mejor no hay boda —sonrió él entre sombras.

Calixta enmudeció. Si no había boda, se quedaría soltera para siempre. Todos darían por sentado que la había desflorado y nadie querría un plato de segunda mesa.

—No serás capaz.

—Los hombres necesitamos unas cosas y las mujeres, otras.

Entendió el chantaje y alivió su deseo con la mano. Ese día, no pasó de ahí, pero Calixta supo que no lo detendría mucho tiempo y que su honor y el de su familia estaban en juego. El sexo era su amenaza, pero también podía ser el medio para convertirse en una mujer decen-

te. Durante los siguientes encuentros inevitables, ella le insinuó lo bien que lo pasarían en una cama en cuanto estuvieran casados. A las pocas semanas, Alberto convenció a sus padres para pedir su mano.

★ ★ ★

—Yo os declaro marido y mujer. —El desasosiego invadió a Calixta cuando su destino quedó sellado. La niebla gris ensombrecía de nuevo la mirada de su marido.

Tras la sesión de fotos, los novios llegaron al restaurante de Peñalba y tomaron asiento junto a sus padres. Mantel de damasco y frutas de invierno engalanaban las mesas, la chimenea crepitaba y, al otro lado de los ventanales, la nieve se derretía al tocar la tierra. El menú comenzó con entremeses, seguidos de merluza a la vasca y cordero. Cuando llegó la tarta nupcial, Calixta apenas había probado bocado.

El rumor de la repentina muerte del *tío* Crispo había empezado a correr entre los invitados. Mal presagio. Se abstuvieron de comentarlo con los novios. Nadie quería enturbiar la fiesta. Llegaron a Zaragoza en el cuatro latas a las siete de la tarde, cuando desfilaba la cabalgata de los Reyes Magos. Las calles estaban cortadas y tuvieron que esperar para aparcar en la plaza del Pilar. Alberto mantuvo la calma, aunque su rostro ceniciento y el silencio tenso advertían a Calixta de que algo no iba bien.

El hotel resultó impresionante, con vistas a la basílica. Cuando llegara el momento, bendecirían a sus hijos con el manto de la Virgen.

—¡Esta habitación debe de ser muy cara! —exclamó Calixta. La cama era enorme y disponían de baño propio y balcón.

—No es una habitación, es una *suite*. Y no te preocupes por eso, está pagada.

A Alberto no le gustaba dar explicaciones. Calixta entró en el baño para ponerse el camisón. Lo compró con su madre y no era tan bonito como los de las revistas. Era de algodón rosa, con unos convenientes botones a la altura del pecho. Un camisón perfecto para amamantar a sus futuros hijos, menos apropiado para una noche de bodas.

Alberto la esperaba recostado en la cama, como Dios lo trajo al mundo.

—Desnúdate.

El rubor asaltó el rostro de ella. Nunca se había desnudado delante de nadie.

—Yo... no...

—Quiero verte.

—Es que...

—¿Puede verte cualquiera menos yo?

Alberto saltó hacia ella y, con un gesto brusco, le bajó el camisón. Calixta trató de cubrirse, él le apartó las manos. Le dio la vuelta y le miró el trasero.

—¡Eres una maldita zorra! —La zarandeó, enfurecido—. Tienes una cicatriz en la nalga.

—Me caí de pequeña —gimoteó Calixta—. ¿Por qué te molesta?

—Lo que me molesta es que lo sepa todo el pueblo. ¿Cuántos te han visto el culo antes que yo? —Ella enmu-

deció y Alberto la manoseó con mirada turbia—. Buenas tetas. Vamos a pasarlo bien, como tú decías.

Calixta sintió que una avalancha de miedo la sepultaba. Él la tiró sobre la cama e intentó penetrarla. Le hizo daño, empujó con violencia sin conseguirlo.

—¿Qué cojones pasa? ¿Te dejas joder por cualquiera menos por mí, puta? —Calixta enmudeció. Alberto lo intentó de nuevo, pero su cuerpo estaba rígido y duro como una fruta verde—. Me cago en Dios, ¿estás tarada?

Le pegó una bofetada. Luego más. Los golpes cayeron sobre su rostro y su pecho, la sangre manó de la nariz.

Apenas podía articular palabra: el dolor, el miedo y la rabia le oprimían la garganta. Alberto la incorporó en la cama y le puso el miembro junto a la boca.

—Chupa.

Ella lo miró con el rostro hinchado. No entendía qué le pedía.

Alberto le sujetó la cabeza y le introdujo el pene en la boca. Continuó así, usándola como una meretriz sin voluntad. Calixta sintió asco y horror, tuvo náuseas. Pensó que moriría ahogada.

—Abre bien la boca, zorra, y cuidado con los dientes.

Cuando obtuvo lo que quería, ella vomitó y él le propinó una violenta patada que la tiró de espaldas.

Alberto entró en el baño y regresó al rato con el pene dispuesto de nuevo.

—Verás tú si te abres para mí.

Caminó hacia ella con una sonrisa sádica bajo los ojos velados por la rabia, ojos sin color, ojos de muerto o de asesino.

Calixta tuvo la certeza de que iba a morir esa noche y su nombre caería en el olvido. Nadie recordaba a las jóvenes cumplidoras acostumbradas al trabajo duro. Eran diminutas piezas del complejo engranaje de la sociedad, piezas necesarias e intercambiables.

Alberto le dio otra patada en la cara y le separó las piernas.

Por suerte, Calixta perdió el sentido.

Año 2018

—Manda a tu jefe a tomar por culo —exclamó Assumpta—. Hoy has publicado el mejor artículo de tu carrera, un puñetazo en la cara de todos los empresarios puteros que comercian con nuestra salud. ¿Y el muy cabrón te llama para una reunión cuando estás celebrándolo? —levantó la cerveza—. ¡Que le den!

Assumpta había estudiado en un colegio de monjas; como represalia, exhibía unos toscos modales y un descarado lesbianismo.

—A lo mejor quiere darme un ascenso.

Assumpta sonrió con incredulidad. Vera apuró la cerveza y se despidió de su amiga. Tomó el metro hacia la redacción y aprovechó el trayecto para releer parte del artículo que había escrito con tanto empeño:

La Unión Europea ha frenado la expansión de las grandes multinacionales que dominan la agricultura mundial. Gracias a la ley de Organismos Modificados Genéticamente (OMG), los productos transgénicos de empresas

como Bayer, Chem China o Dow Chemical no terminan de arraigar en Europa. Sin embargo, Semilia, una pequeña empresa de Huesca, ha logrado que aprueben varios cultivos OMG, y ha ocupado el hueco dejado por estas multinacionales.

Desde hace décadas, los agricultores indios se suicidan en masa porque no pueden pagar a Monsanto el precio de las semillas transgénicas que les obligan a plantar. Son los nuevos esclavos del siglo XXI. Ante la incipiente expansión de Semilia, ¿están a salvo los agricultores españoles?

Ese artículo era el resultado de una investigación de varios meses centrada en la empresa oscense que poco a poco se hacía hueco en el inquietante grupo que dominaba la alimentación mundial.

Enfundada en su abrigo de segunda mano, abandonó el metro hacia la oficina de *Ecológica Digital*. Más que la redacción de un periódico parecía el almacén de una almoneda. Las mesas de trabajo se amontonaban en lo que fue el salón de la antigua casa de una pescadera de Sant Andreu. Sus hijos habían arrendado la propiedad tal como quedó tras su muerte. El mayor solo pasó para coger la cartilla del banco de la cómoda y, del armario, un vestido apolillado con el que enterrar a su madre.

No era un lugar idílico, pero los apuros económicos habían obligado a su jefe a abandonar con mucho dolor la oficina de El Raval. Vera fue de las pocas voluntarias que le ayudaron con la mudanza. El resultado no era del todo satisfactorio: ordenadores, servidores y cables convivían con muebles anticuados.

Atravesó el estrecho pasillo que olía a humedad y se detuvo ante el despacho de Joan.

¿Para qué la había llamado? Aún estaba intrigada.

Vera tocó la puerta de lo que fue el dormitorio de la pescadera, una habitación interior, donde ella ayudó a su jefe a colocar una mesa de escritorio y un par de sillas de Ikea de segunda mano. Él lo llamó *despacho* como podía haberlo llamado *templo de Júpiter* o *salón imperial*.

—¿Se puede?

—Siéntate, enseguida estoy contigo —ordenó su jefe sin apartar la vista de la pantalla de treinta y dos pulgadas del Mac, un anacronismo en una habitación que conservaba el crucifijo colgado donde estuvo el cabecero de la cama.

Vera estaba un poco inquieta. Supuso que Joan querría comentar algo del artículo que acababa de publicar, el mejor de su carrera, y eso le hizo pensar en Eustoquia, Toki para los amigos. La conoció a través de las redes sociales. Coincidían en diversos grupos ecologistas y cuando Toki descubrió que era periodista, le envió un mensaje contándole lo que pasaba en su pueblo. Al principio, Vera no le hizo caso, Toki era una persona obsesiva que parecía desquiciada. Sin embargo, muchos de los hechos que narraba venían documentados con datos, fotos y pruebas irrefutables que captaron su interés por Semilia. Toki le envió información abundante, pero Vera armó el artículo solo con lo que pudo contrastar.

Esa misma mañana envió el enlace a Toki por mail, pero no le había contestado. La llamaría cuando saliera de la reunión. Aunque no la conocía en persona, ella era su fuente.

—Bueno, ya está —la atención de Joan recayó en ella—. Ya sabes cómo va esto, hay que preparar la edición de mañana.

«Las noticias solo duran un minuto», le repetía siempre, «y debemos encadenar minutos para que la gente no olvide lo importante.» Y para Vera, lo importante era salvar el planeta.

Su jefe apartó el teclado y puso las manos sobre la mesa.

—Te contraté porque eres una buena periodista, de las que disfrutan pateando la calle, de las que conservan el entusiasmo por la profesión —su voz denotaba cansancio.

Claro que era entusiasta, no le quedaba más remedio. Provenía de un barrio humilde, de una familia modesta con una concepción de la vida según la cual el triunfo solo podía surgir del trabajo duro y de unos estudios superiores. Ella era la primera universitaria de la familia. Sus padres apostaron todos sus ahorros con la esperanza de que aquel título tuviera forma de escalera con la que alcanzar estatus económico y posición social. Con su sueldo, Vera ayudaría a pagar los estudios de su hermano menor. Pero su ilusión cayó en el más oscuro de los pozos cuando Vera pasó a engrosar el grupo de mujeres con carrera, sin estabilidad, sin estatus y sin posición. Trabajó de becaria durante cinco años hasta que un conocido le ofreció un empleo pagado en un periódico regional.

—Creé *Ecológica Digital* tras pasar por muchos medios, porque la ecología era importante para mí y pensaba que recuperaría el fervor por mi trabajo. Con los años me di cuenta de que nada importa, de que no cambiaremos el

mundo. Al final del día lo único que me llena es estar un rato con mis hijos antes de ir a dormir, —Vera apretaba las manos sobre la falda. Aquel discurso pintaba mal—. Quería que fueras la primera en saberlo: he retirado el artículo sobre Semilia y no vamos a publicar ninguno más sobre esta empresa.

No podía creer lo que acababa de escuchar.

—Semilia está haciendo cosas terribles desde ese pueblo perdido de Huesca. Está jugando con nuestra alimentación, con el futuro de los agricultores. Ha muerto mucha gente por enfermedades provocadas por sus productos y es posible que estén afectando a los animales de la zona. —Toki le habló de dos muertos en el pueblo por ataques de animales, aunque no podía demostrar la relación con los productos de la empresa—. Tengo material para varios artículos más. Lo que he publicado es solo la punta del iceberg y está todo contrastado. No pueden demandarnos —concluyó.

—No me han amenazado con demandas. Da igual. No podemos seguir.

—Tú me diste el visto bueno.

—Porque es un artículo excelente. Ahora las cosas han cambiado y necesito que pares.

—He dedicado muchas horas a esta investigación. Me gustaría viajar a Candasnos y contrastar algunos datos. Tengo la sensación de que allí se cuece algo mucho más gordo de lo que imaginamos.

—Semilia domina casi todo el territorio aragonés y se está expandiendo por Cataluña. Quieren poner publicidad de sus productos en el periódico.

La noticia fue como un puñetazo en su cara. Vera tardó un par de segundos en entender la maquinaria perversa que el artículo había puesto en marcha.

—Semilia son los malos —tartamudeó—. Joan, no lo dirás en serio.

—La publicidad es la que nos mantiene, la que paga tu sueldo, el mío, este despacho.

—Son tus lectores quienes lo hacen. ¿Qué pasará cuando sepan que te has vendido a una empresa de transgénicos?

—Vera, no seas ingenua. El objetivo de la prensa es vender publicidad, no transmitir ideologías. Como mucho, podemos apuntar corrientes de opinión.

—Me fui de un periódico regional porque los concesionarios de coches imponían la línea editorial. Es lo que pasa cuando dependes de la publicidad. Sé cómo funcionan las cosas ahí fuera. Creía que tú eras diferente.

Cuando Joan la llamó para trabajar en *Ecológica Digital* aceptó sin dudarlo. Aunque el sueldo era escaso, le ofrecía la posibilidad de aunar sus dos pasiones: el periodismo y la ecología.

Ahora sus sueños se desmoronaban de nuevo.

—Me metí en un buen préstamo para sacar adelante el periódico y tengo que amortizarlo. Las prioridades cambian cuando eres padre. No voy a jugar con el futuro de mis hijos, Vera. Yo era un idealista como tú, pero estaba equivocado. No elegí el mejor tema ni el mejor momento para lanzar un periódico independiente. Tu artículo abre una nueva esperanza para sobrevivir y debemos aprovecharla.

—¿Tanto dinero te ofrecen?

—En *Ecológica Digital* no volveremos a hablar de Semilia salvo para hacer su maldita publicidad. Quiero que abandones el tema y que me des el nombre de tus fuentes.

—¿Qué? —Vera abrió mucho los ojos—. No voy a hacer eso.

—Si no lo haces, tendré que despedirte —Joan suspiró con tristeza.

—Haz lo que tengas que hacer.

La mente de Vera comenzó a buscar soluciones. Tenía que pagar el alquiler de los próximos meses.

—Eres joven y atractiva, darías un buen perfil en tele. Te haré una carta de recomendación si quieres. —Ella abandonó la silla barata sin contestar—. No pretendas hacer justicia, Vera, no puedes luchar contra una empresa como Semilia.

Avanzó por el pasillo estrecho mientras contenía la rabia y las lágrimas. Menudo regalo de Reyes. Empezaba el año con una carta de despido. En el salón de la vieja pescadera, metió sus cosas en una caja de cartón.

Sonó el teléfono. En la pantalla brillaba un número con prefijo de Huesca. La única persona que conocía allí era Toki, pero solo tenía su móvil. Vera tragó saliva. Tendría que explicarle que habían retirado el artículo.

—Buenas tardes —era la voz de un hombre—. ¿Hablo con la señora Vera Solé Vila?

—Sí, ¿quién es?

—Soy el abogado de la señora Eustoquia Ballestar Pérez. Siguiendo las indicaciones de su testamento, le llamo

para informarle de que mi clienta ha fallecido. Necesitaría verla en persona, si es posible.

Vera se quedó sin respiración. Las palabras se atascaron en su garganta.

«No puedes luchar contra una empresa como Semilia.»

A ella la acababan de despedir y Toki, su fuente, estaba muerta.

Cerró la caja con determinación.

Año 2018

En el acuartelamiento de Candasnos trabajaban seis guardias. Uno permanecía siempre en el puesto de atención al ciudadano, así que Caín y los otros cuatro formaron una patrulla para buscar el cuerpo. Si el brazo había aparecido en la Balsa Buena, lo tenía que haber arrastrado la corriente de agua que bajaba del monte Alto.

Caín no era forense, pero había visto suficientes cadáveres durante sus años de servicio para saber que aquel brazo llevaba tiempo amputado. El cuerpo podía estar tirado o enterrado en cualquier lugar entre la balsa y la estación de servicio de la autopista, más de dos kilómetros de campos de cultivo en línea recta.

Aunque también podía estar en la balsa. Tendrían que esperar a los GEAS para examinar el fondo. Mientras tanto, decidieron ir a la rebalsa, una poza más pequeña y poco profunda, que filtraba el barro y la suciedad del agua antes de entrar al estanque principal por un canal estrecho.

Julián Bueno, al que el apellido hacía justicia, empuñó un bastón de senderismo y entró en la rebalsa atado con

una cuerda. La riada le llegaba a la cintura y bajaba con fuerza, arrastrando tierra, piedras, troncos y basura, un auténtico río de porquería. Caminó despacio, sondeando el fondo de la poza sin resultado.

Bueno se cambió las botas mientras los demás peinaban los caminos hasta el polideportivo con la ayuda de los vecinos. Detrás comenzaban los terrenos de labranza y sería una locura adentrarse en ellos con la que caía. No quedaba otra que dejarlo para el día siguiente, si amainaba.

—Llama a todos los hospitales de la zona —ordenó Caín a Ferrer, el más joven de los guardias—. Pregunta si en los dos últimos meses ha ingresado algún paciente con un brazo amputado.

Entrevistaron a los testigos arremolinados alrededor de la balsa. Todos coincidían en que una vecina, tras escuchar algo extraño, llamó a los cazadores para que echaran un vistazo. Llegaron cinco hombres en un par de todoterrenos y examinaron la balsa con linternas y escopetas. Cuando Melquíades quiso meterse para demostrar que no había nada raro, uno de ellos llamó al 062.

Caín llevaba muy poco tiempo en el pueblo y aún no conocía a casi nadie. Preguntó por la vecina que había dado el aviso y señalaron un amplio chalet frente a la balsa. Caminó hacia allí. Miró el reloj, eran casi las once de la noche. No podía estar durmiendo. Lo raro sería que no estuviera fisgoneando.

Caín abrió la puerta metálica del jardín, cuidado aunque deslucido por el agresivo invierno de Los Monegros. Llamó al timbre. Apareció una mujer de aire glamuroso

y edad indefinida. Lucía un kimono de seda japonés con un dragón enroscado sobre las sugerentes curvas de su cuerpo. Bajo el kimono llevaba una camiseta y unas mallas negras y, a pesar de su aspecto informal, caminaba sobre unas sandalias de tacón alto. «Un calzado extraño para estar en casa», pensó él. Tenía el pelo negro y unos enormes ojos violetas que desprendían autoridad y confianza. Resultaba insólitamente atractiva para su edad, como una de esas actrices de Hollywood, inmunes al paso del tiempo.

—¿Qué desea?

—Soy el cabo Caín Álvarez, del puesto de Candanos. Dicen que usted dio el aviso de lo ocurrido en la balsa.

—Eso parece —ella lo observó de arriba abajo—. ¿Quiere pasar? Hace frío y está empapado.

—No quiero poner la casa perdida, señora, solo será un momento —Caín dudó.

—Vamos, pase; si no quiere un whisky, le invito a una infusión.

—Un café mejor, si no le importa. Creo que va a ser una noche muy larga.

Caín limpió las botas en el felpudo y la siguió hasta el salón.

—Siéntese en una de las sillas mejor.

Se quitó la chaqueta impermeable y obedeció. Las sillas eran de piel y no las estropearían unos pantalones mojados. La decoración era sencilla y moderna, al contrario de lo que esperaba en un pueblo como aquel. Lo que más le llamó la atención fue el hogar de forja en el que crepitaba el fuego, que creaba un ambiente acogedor.

Estaba situado en un rincón, junto a la escalera de caracol, literalmente suspendido en el aire. Comprendió que el tubo de metal para la salida de humo servía a la vez de anclaje. Nunca había visto nada igual: la decoración de aquel salón era de cojón de mico.

La mujer regresó de la cocina contoneando su cimbreante cuerpo, con una taza en una mano y un vaso de fondo grueso en la otra. Caín observó con curiosidad el líquido verdoso que acariciaba el cubito.

—Es absenta —explicó ella—. El licor de los artistas. Alimenta las pasiones y elimina las penas. ¿Quiere probarlo?

—Suenan bien, pero estoy de servicio. Gracias por el café. —Caín lo bebió de un trago. Le reconfortó tener el estómago caliente—. ¿Me puede hablar de lo sucedido en la balsa? —preguntó él.

—Tampoco hay mucho que contar. Después de cenar salí al porche a leer.

—¿Al porche? —repitió él—. ¿Con la que está cayendo?

—Me encanta sentarme en el porche a escuchar la lluvia. —Ella bebió absenta y miró a Caín con recelo—. Vivimos en un pueblo y damos la espalda a la naturaleza. Debería probar de vez en cuando a disfrutar de la lluvia, de su olor, de su sonido. Es la mejor terapia para relajar la mente, olvidar los problemas y entrar en un estado de trance cercano a la felicidad.

—Dudo que me relajara con la humedad y el frío que hace.

—No hay nada que no arreglen una manta de lana y un brasero en los pies. Debería probarlo —insistió.

—Ya he disfrutado bastante de la lluvia esta noche.
—Caín se tocó las piernas mojadas.

—Acérquese al hogar —sugirió ella—. Le sentará bien. ¿Quiere otro café?

—No hace falta, gracias. —Caín se frotó el mentón, rascando la barba de días—. Me estaba hablando de la balsa.

—Claro. —Volvió a beber—. Me encontraba en el porche relejendo *Yo, Claudio* y disfrutando de la lluvia cuando oí un gruñido. Al principio, no le di importancia: pensé que sería mi imaginación, el ruido de un camión en la carretera o algún tractor. Sin embargo el gruñido volvió a repetirse otra vez, y otra más. Pensé que algún animal estaba atrapado en la balsa y llamé a los cazadores.

—¿A qué hora escuchó los ruidos? —continuó Caín.

—Sobre las ocho de la tarde.

—¿Vio algo?

—¿Usted qué cree? —Ella sonrió con complicidad—. ¿Ha visto la que está cayendo?

—Sí, claro. —Caín se levantó—. Está bien, le agradezco la información y el café. Está localizable: tendrá que venir al cuartel a firmar la declaración. —Caminó hacia la salida.

—¿No me la podría traer usted? —Utilizó un tono juguetón—. Yo no salgo mucho.

—Claro, ¿también quiere que le traiga la compra?

—Por cierto —ella obvió el sarcasmo—, ¿han encontrado al animal?

Él abrió la puerta de salida.

—Ha escapado.

—¿Qué era?

No sabía qué contestar.

—Un animal grande.

—He oído que hablaban de un monstruo. —Sus ojos brillaron como si tuvieran luz propia—. Los orígenes de Candasnos se remontan hasta la antigua Roma. Desde entonces, ocurren hechos terribles y misteriosos de los que nadie habla. Es un lugar maldito, sé de lo que hablo —susurró.

Caín salió sin dar importancia a aquellas palabras.

—Gracias por todo, señora.

—¿Y por qué tanto revuelo? —continuó ella, mirando hacia la balsa. Las cintas amarillas brillaban con intensidad bajo la luz de los faros—. Veo que han precintado la zona.

—Ha aparecido un brazo flotando en el agua.

—¿Un brazo? —Abrió los ojos en una expresión de sorpresa y consternación—. ¿Un brazo humano?

—¿Hay alguno que no lo sea? —Caín le dedicó una sonrisa irónica—. El forense y la policía judicial están en camino. La espero mañana en el acuartelamiento para firmar la declaración. Si no lo hace, tendré que enviar a un guardia para que la acompañe.

—Gracias de nuevo.

Enfundado en la chaqueta y el gorro impermeable, saludó con la mano en la frente.

Ya en el coche llamó a su mujer para que no le esperara, haría guardia con un compañero. Eduardo Royo también hacía honor a su apellido: tenía un rollo que no

acababa nunca. Era muy joven, menos de treinta años, como el resto de sus compañeros. El más veterano era Caín, que ya frisaba los cuarenta. Royo habló de las fiestas de fin de semana y le hizo un listado completo de sus últimas conquistas. Aseguró que el uniforme ayudaba mucho a ligar. «Las tías se quedan pilladas y, cuando te las encuentras de fiesta, ya tienes el trabajo hecho.» Después pasó al fútbol, a la política y, por último, al caso que llevaban entre manos.

—¿Y habéis visto al animal que arrancó el brazo?

—Hemos visto un animal, sí, pero no sabemos si está relacionado con el brazo.

—¿Y qué animal era? La gente está muy alterada.

—No pudimos identificarlo.

—Dicen que era muy grande, y que tenía una fuerza descomunal.

—Eso es verdad.

—¿Podría ser un oso?

—Claro, un oso cavernario, como tú.

—Joder, yo me voy a pedir el traslado. Vine a este pueblo porque se ligaba mucho, pero no quiero morir entre las fauces de alguna bestia. Esto es peor que la jungla.

Caín lo miró extrañado.

—¿Por qué lo dices?

—No sé —dudó Royo—, han muerto tres personas por ataque de animal en un año. Y ahora aparece un brazo humano. Puede que sean cuatro.

—No sabía nada.

—La última fue en enero, antes de que tú llegaras. Puedes ver los expedientes si quieres. Cada uno más ex-

traño, es como si los animales estuvieran locos y les diera por atacar a las personas.

Caín iba a preguntar más cuando se acercó una furgoneta blanca y verde con el rótulo «G.E.A.S. GUARDIA CIVIL». Eran las cuatro de la madrugada. Bajaron la ventanilla junto a ellos.

—Vaya nohecita —saludó un hombre de cara cuadrada—. Somos los buzos. ¿Qué ha sucedido?

Caín los condujo a la balsa y les enseñó el brazo. Los dos hombres abrieron la puerta trasera de la furgoneta y enjabonaron los trajes de neopreno por dentro con agua y Mistol antes de ponérselos.

Llegó un Seat León, un coche oficial camuflado. El conductor era Iván Ochoa, de la policía judicial. Le saludó con un movimiento de cabeza mientras aparcaba.

Ochoa salió del coche con el chubasquero. Caín le hizo un breve resumen de la información recopilada mientras los buzos entraban en la balsa.

El de la judicial examinó el brazo y después los alrededores. No encontró nada llamativo, el agua y el barro borran cualquier huella o pista que pudiera ayudarles.

—Estoy de acuerdo con vosotros —anunció Ochoa—. El brazo lleva tiempo cortado. Estaría enterrado en algún campo y lo ha arrastrado la corriente. Cuando llegue el forense nos dará más información.

Emergió uno de los buzos moviendo la mano. Escupió el regulador.

—Esto es lo único que hay. —Dejó sobre un escalón un pequeño rollo de metal—. Vamos a echar otro vistazo, pero cuerpo no hay, seguro.

—De acuerdo —Ochoa sacó una bolsa de papel y unas pinzas para meterlo dentro.

—¿Qué es? —preguntó Caín.

—Lo examinaremos en el laboratorio.

Los buzos acabaron la tarea y se despidieron. Royo acompañó a Ochoa a la casa cuartel para descansar mientras llegaba el forense. Le preguntó a Caín si enviaba a alguien para relevarlo. Toda la movida había empezado a las diez, cuando Caín estaba a punto de terminar el turno, y ya eran casi las cinco de la mañana. Había doblado el turno, pero, aunque sabía que tendría problemas para que le pagaran las horas extra, no quiso marcharse hasta que llegara el forense. Aún tardaría. Ochoa no le habría avisado hasta estar en el pueblo. A los de la judicial les gustaba llegar con tiempo para examinar el escenario antes de que levantaran los restos humanos.

Caín entró en el coche. Lo acompañaba ahora Pepe Ansó, que tenía la cara pálida y tiritaba de frío.

La lluvia paró al alba y Caín envió a Ansó a por un par de cafés. A las diez aparcó a su lado el coche de Ochoa y una furgoneta blanca con el rótulo «SERVICIO NACIONAL DE MEDICINA Y CIENCIAS FORENSES». Bajaron tres hombres, dos de ellos con chalecos amarillos, el otro con traje.

Caín sintió un escalofrío. Era Marcos Villacampa, un tipo estirado, hijo de una de las familias más ricas de Zaragoza. Nadie entendía por qué había elegido la profesión de forense, aunque algunos aventuraban que era un psicópata y disfrutaba en compañía de los cadáveres. Caín sabía que estaba destinado en Zaragoza, pero Candasnos

pertenecía a la jurisdicción de Fraga. ¿Había pedido el traslado? Decían que tenía un lío con una fragatina, pero le extrañaba que Villacampa renunciara al ambiente selecto de la capital por una mujer.

Caín no soportaba a Villacampa y Villacampa no lo soportaba a él. De jóvenes, compartieron amistades y algo más. Cuando Caín conoció a Sofía, su mujer, ella salía con Villacampa. Fue un flechazo y ella no dudó en dejar a su novio. Villacampa nunca los perdonó.

Caín y Ansó bajaron del coche.

—Buenos días. —Ochoa miró a Caín—. Puedes irte a descansar, ya nos encargamos nosotros.

—Prefiero esperar —gruñó él, de mal humor debido al cansancio y la presencia del forense. Este pasó por delante sin mirarlo. Caín lo observó con la cabeza baja, lleno de resentimiento. Aquel tipo era el responsable directo de que su carrera en la Guardia Civil no prosperara. Caín pasó cinco años pidiendo cursos de especialización que nunca le concedían. Primero para la Policía Judicial, después para el SEPRONA. Los oficiales asignaban los cursos por libre designación y a ninguno le apetecía levantar el dedo para señalarlo a él. Desesperado, probó con los cursos de armas y explosivos y después con los de aduanas. Tampoco tuvo suerte. Cuando ocurrió el accidente de Sofía, el capitán lo llamó al despacho, apiadado. Le explicó que nunca le concederían ningún curso: la orden venía directamente del general. Caín comprendió hasta dónde llegaban los tentáculos de Villacampa y su familia de la alta burguesía maña. El capitán le aconsejó que abandonara el cuerpo: con el general en contra no

podía prosperar. Aún era joven para buscar otra cosa. Pero Caín perdió el empuje y el entusiasmo después del accidente. Aceptó la condena con resignación y cumplió con su deber sin más aspiraciones. Más tarde decidió con Sofía pedir el traslado a un lugar alejado de la ciudad. Y surgió la vacante de Candanos. No hubo objeciones porque era un destino que nadie quería.

El agente de la judicial acompañó al forense hasta las escaleras de la balsa. Los dos funcionarios de chaleco amarillo los siguieron, con un maletín. Caín los observaba a distancia. Villacampa pidió unos guantes de látex y, con el pulgar e índice de cada mano, cogió el brazo y lo examinó en el aire. Cortado a la altura del bíceps, el codo y los dedos estaban rígidos. El funcionario le entregó unas pinzas que introdujo junto al hueso astillado y sacó un gusano marrón.

—Es una larva de *Aglossa pinguinalis*. La dueña de este brazo lleva muerta más de un mes.

—¿Muerta? —se sorprendió Ochoa—. ¿Cómo sabe que es una mujer?

—La morfología de la mano evidencia el sexo. No llevaba las uñas largas ni pintadas y, por supuesto, tendremos que esperar a la prueba de ADN para estar seguros, pero me jugaría la polla a que no me equivoco.

—¿Y cómo sabe que está muerta?

Villacampa metió el brazo en la bolsa que le acercó el otro funcionario. Echó la larva dentro y la precintaron.

—Con una herida así, se desangraría en minutos sin un torniquete. Y si lo hubiera hecho, habría ido al hospital para que la curaran. En ese caso, ya lo sabríamos a

estas alturas, ¿verdad? —Miró su reloj y el de la judicial miró a Caín.

Caín asintió, confirmando que no había ningún caso similar en los hospitales de la zona.

—Entonces está muerta —aseguró el forense.

—Pues deberíamos avisar al juez. —Ochoa sacó el teléfono.

—No corra tanto —le cortó Villacampa—. De momento, no hay cadáver.

—¿Cree que la lluvia arrastró el brazo?

—Por supuesto. —El forense parecía muy seguro de sí mismo. Un tipo soberbio, pensó Caín. Y eficiente—. Si hubiera permanecido en el agua todo este tiempo, estaría mucho más hinchado y no habría larvas de ningún tipo. Determinar cuánto lleva cortado sería mucho más difícil.

El forense caminó hacia la furgoneta seguido por los funcionarios.

—Mi trabajo aquí ha terminado.

Esta vez, sí paró delante de Caín.

—Me alegro de ver que tienes mala cara. —Le dedicó una sonrisa y subió al vehículo.

Caín ni siquiera contestó. Le dolía la cabeza y solo quería irse a dormir.